

No tan “estrictamente confidencial”
Bárbara Barrangú
(IES N° 1 “Dra. Alicia Moreau de Justo”)

La práctica de la escritura de ficción presupone una intención de mostrar lo que se ha escrito. Los escritores consagrados publican sus textos y los que no lo somos anhelamos esa publicación. Publican, publicación, publicar... Hacer públicos esos cuentos, poesías, ensayos para que alguien más los lea. Pero pensemos por un segundo qué ocurre cuando eso que queremos hacer público proviene de los lugares más privados de las personas. Escribir para que otro lea lo que se supone que no correspondería que esté leyendo. Leer aquello que tendría que permanecer en la intimidad de las personas.

La escritura de cartas, diarios y autobiografías como recurso literario permite al escritor contar la historia desde el punto de vista de un personaje en particular que no sabe que lo estamos espiando. Porque al final de cuentas lo más interesante que tienen este tipo de textos es que nos convierten en testigos privilegiados de ciertos hechos que deberían haber quedado entre cuatro paredes. Que se anime a tirar la primera piedra quien nunca se sintió tentado de espiar el diario íntimo de su hermana, las cartas y hasta los mails que recibe alguna persona que vive con nosotros. Por suerte, la literatura nos ofrece este campo en el que no es necesario resistir esa tentación.

En esta oportunidad recorreremos dos autores que le dan voz (o tinta para ser más precisos) a distintos chicos que eligen estos géneros para contar sus historias. Luis María Pescetti y Graciela Cabal nos alcanzan un manojo de escritos personales de sus personajes para que conozcamos sus alegrías, sus angustias y sus inseguridades. Los invito, entonces, a recorrer

este mundo privado hecho público para deleite de todos los curiosos.

En “Cartas a Papá Noel” Luis María Pescetti recurre a una tradición que, en muchos casos, es el primer encuentro que los chicos tienen con el género epistolar. Cuando se acercan las fiestas y luego de armar el arbolito es indispensable escribir la carta a Papá Noel pidiéndole los regalos que queremos para esa navidad y, sobre todo, convencerlo de qué bien nos portamos durante el año y cuánto nos merecemos esos regalos. A diferencia de Clara, la protagonista del texto de Pescetti, yo nunca recibí una respuesta de Papá Noel. Y supongo que en caso de que alguno de ustedes haya tenido esa suerte, no le tocó encontrarse con un Papá Noel tan desordenado que lo obligase a repetir el pedido varias veces y aún así no lo entendiera del todo.

Luis María Pescetti toma esa tradición infantil y la parodia a partir de la creación de un personaje que más que un ser capaz de recorrer todo el mundo en un trineo tirado por renos y llevarle regalos a todos los chicos en navidad parece un empleado de una oficina de trámites en la que los documentos que nos obligan a presentar (originales, copias certificadas y copias de copias certificadas) son arrojados a una especie de limbo del que quizás nunca vuelvan a salir. Y cuando el damnificado en cuestión decide hacer el reclamo para volver a encaminar su trámite, el empleado le tira la pelota de las responsabilidades a otro y a juntar el papelerío de vuelta si se quiere continuar con la causa. Esto es casi, casi lo que le pasó a Clara.

En la primera carta de Clara, el narrador adopta la voz de esta nena de seis años y nos presenta una sucesión de enunciados que un manual de lengua de los más tradicionales calificaría de inconexos:

Hola, Papá Noel, soy Clara
Te quiero mucho. Hoy fuimos a la playa y tomamos

un helado. Tengo seis años. En patín jugué al jockey y ningún día lo habíamos jugado con palo para que no nos lastimáramos.

Permítanme defender a Clara, tiene seis años, debe hacer apenas unos meses que aprendió a escribir, tiene toda la primaria y secundaria para aprender a ser coherente y cohesiva. Además ésta es una escritura privada y a Papá Noel no le molestó. A lo sumo dejemos de hurgar la correspondencia privada y listo.

Si decidimos seguir con la lectura veremos que la carta continúa con una invitación a una clase de educación física con la presencia de los padres que de inmediato se deshace porque “(vos) sos papá pero Noel, que es distinto” aunque enseguida replica “pero a lo mejor si querés vení lo mismo total en la entrada nunca se fijan”. Y tengo que confesar que este párrafo me dejó un tanto preocupada ¿De quién es papá Papá Noel? ¿Quiénes son sus hijos? Todavía no pude responderme esas preguntas. Igualmente a Clara no le inquieta demasiado porque posteriormente inicia su lista de pedidos que incluya desde un disfraz de doctora verde y una Barbie hasta una vaca, una abeja y un acordeón. Como corresponde a toda epístola lleva un cierre muy respetuoso que no tenemos que perder de vista, le manda un beso.

A pesar de que anteriormente me mostré sorprendida por la suerte de Clara al recibir respuesta de su destinatario reconozco que tampoco es para tanto visto y considerando que se trata de tres renglones locos en los que queda bien claro que Papá Noel no entendió para nada cuál era el pedido de la nena. A partir de ahora se sucederá un intercambio de correspondencia en el que la protagonista intenta aclarar la confusión sin demasiado éxito. El tono en los escritos de Clara se va modificando y no la culpa. Al equívoco en la lista de regalos se suma el pedido de enviar nuevamente la primera carta porque

ésta fue archivada (ya se está pareciendo a la realización del trámite que mencioné al comienzo, ¿no?). El final de esta tercera carta escrita por Clara denota su malestar: ya no envía ningún beso, se despide con un seco “bueno, chau”.

En esta parte del texto aparece un nuevo personaje: Esther, la secretaria de Papá Noel (yo no sabía que tuviera una, pero suena bastante lógico) que además de contarle todos los pormenores de su trabajo, le comunica que han encontrado su primera carta y que ahora le solicitan decida cuál de los dos pedidos quiere que sea atendido. La paciencia de Clara va llegando a su fin: “Pónganse las pilas” reclama con toda razón.

La encargada de esta nueva respuesta es Silvia Noel, la secretaria de la secretaria de Papá Noel, contándole las causas por las cuáles ninguno de sus anteriores emisores pudo escribirle esta vez. Finalmente el texto se cierra con una carta de Clara en la que muestra su decepción pero sin descuidar los buenos modales:

Querido Papá Noel, y tu secretaria y la secretaria de tu secretaria y el reno con diarrea: les escribo esta carta después de abrir los regalos. Muchas gracias por el elefante de porcelana blanco, es muy práctico, y sobre todo tan bonito. Los videos de carreras de coches son sumamente interesantes. ¡Con el álbum de figuritas del fútbol español aprendí cosas importantes! Qué bueno que conseguiste el disfraz verde de doctora que te había pedido en mi primera carta y que después cambié de opinión. Y ese cenicero con forma de ajedrez, también muy lindo. El Power Ranger rojo es muy parecido a la Barbie de casamiento. Los borceguíes de alta montaña, aprovechando que eran número 43 se los regalé a mi tío Alberto.

Con profundas emociones
Clara

Luis María Pescetti adopta una situación de la vida cotidiana de los chicos y la transforma en un relato desopilante. Introduce posibles fallas de logística en el “operativo regalos de navidad” y un organigrama de empleados que no pueden terminar de cumplir con su trabajo de forma eficiente. Despoja a los personajes pertenecientes a la fantasía infantil de su romanticismo característico y emplea este género (el epistolar) posibilitando la cadena de errores e interpretaciones en el diálogo de los protagonistas diferidos en el tiempo y el espacio.

Por otra parte elegimos la novela de Graciela Cabal titulada *La pandilla del ángel*, un texto en el que las escrituras del yo aparecen o bien a través del regalo de una abuela en la noche de año nuevo o por las circunstancias que empujan a un chico del interior a dejar su escuela, sus amigos y su ciudad. En ambos casos se evidencia la necesidad de los protagonistas de expresarse a través de la palabra escrita ante la falta de escucha de los mayores o la vergüenza de confesar un devenir de sentimientos a los que todavía no le encuentran demasiada explicación.

La obra nos presenta dos personajes principales: Camila y su primo Tomás. En algún lugar del texto la escritora Graciela se convierte en la abuela Graciela quien, con el pretexto de que toda escritora debe tener uno, le regala a Camila un diario íntimo para que nadie se entere de sus secretos. Bueno, nadie no porque “con las abuelas es distinto”. Camila tiene un montón de inquietudes alrededor de tener un diario íntimo, por ejemplo se compadece de los pobres varones que no los tienen, porque “los diarios íntimos son cosas de chicas” y discute con su mejor amiga acerca de qué hacer si el preciado diario se extravía. Camila escribe una advertencia en la que solicita explícitamente que si alguien lo encontrase por favor lo arroje al fuego sin leerlo. Me pregunto qué pensaría si supiera que todos nosotros estamos espiando sus confidencias... La

lectura del texto intercala los puntos de vista de los dos chicos, a través del diario o de las cartas que Tomás le escribe a su papá y a su novia dado que sus papás se separaron y su mamá se lo llevó a vivir a Buenos Aires. Estos fragmentos aparecen en una caligrafía diferente a la del resto de la novela, una caligrafía que pretende imitar la letra de los chicos y nos despabila mientras vamos recorriendo el texto.

Son interesantes las conversaciones que Tomás reproduce en una de sus cartas y que reflexionan acerca de la escritura: “que la abuela no es loca, que escribe cuentos, nomás” o “que todos los escritores son un poco trastornados. Y que justo por eso escriben: para poner la locura en los papeles y que mucho no se les note.”

La abuela se les acerca continuamente asechándolos con la lectura del cuento que está escribiendo acerca de un ángel que aparece en el parque Lezama. El proceso de la escritura de un texto literario se refleja en su totalidad: la inspiración, la reescritura, la interrupción del proceso creativo, etc. y se relaciona con los acontecimientos que se van desencadenando. Los primos registran en sus relatos su contacto con la literatura: copian fragmentos de canciones, de poemas y hasta se permiten reflexionar acerca de los significados de estos. Cuando Camila dice que hay algunas cosas de esos poemas que no entiende su profesor le responde: “¿Quién dijo que hay que entender todo?”

Las cartas de Tomás (como las de Clara ¿Se acuerdan?) van mostrando su decepción y su tristeza ante la falta de respuesta de su papá. Pasa del “te espero con la valija preparada, Tomás” a un “sin otro particular, te saluda atte. Tomás Evans”. Enfurecido por la indiferencia de su padre, Tomás recurre a la más estricta formalidad como si se tratara de un desconocido.

Existe otra destinataria de las cartas de Tomás, Mary. Un personaje que él mismo nos presenta como su novia hasta que descubrimos que este noviazgo sólo existe en su

imaginación. Las cartas dirigidas a ella responden al formato más estereotipado de las cartas de amor e incluso le escribe poemas. Aquí la autora introduce una cuota de humor ya que esos poemas que Tomás se atribuye son de escritores tales como Neruda o John Lennon de los que toma prestados casi todas sus palabras. Como en el poema que le dedica a su novia titulado “Mary en el cielo con diamantes”.

La vida de Camila también se ve salpicada de literatura por todas partes: desde su amiga Romi convencida de que es hija adoptada porque, dice, sus padres le hacen las mismas cosas que la madrastra y las hermanastras a Cenicienta (lavar los platos, barrer o levantar la mesa). Hasta las continuas peleas de su abuela escritora con su nueva máquina de escribir que se rehúsa a aprender a usar. Pasando por otros dos regalos importantes que Camila recibe de parte de su abuela: la máquina de escribir vieja y la novela *Mujercitas* cuya lectura servirá de tema de conversación entre nieta y abuela cuando frente a una situación muy triste no se sepa exactamente qué decir.

La novela da un giro repentino cuando los chicos cansados de las injusticias a las que se sienten sometidos deciden “meterse” dentro del cuento del ángel que la abuela había dejado librado a su suerte. Este relato enmarcado por la novela también se permite sus guiños con respecto a su carácter literario como cuando describe, entre los milagros realizados por el ángel, el haber podido analizar sintácticamente los *Cuentos de la selva*, ¡Como para canonizarlo!

Ahora los chicos que antes habían sido fuente de inspiración del cuento, se transforman en personajes tan importantes que son los que llevan a cabo el final de la historia.

El último capítulo de la novela coincide con las últimas páginas del diario de Camila que ya no sabe si se trata de una cosa o la otra y que no puede definir quién escribió este fragmento final. Le da miedo pensarlo... pero a veces cree que

el final del cuento se escribió solo. Y así como nosotros disfrutamos entrometiéndonos en los secretos de Camila y Tomás su abuela escritora reclama su derecho a la lectura como fuente de inspiración para futuras obras famosas.

Los textos que recorrimos, “Cartas a Papá Noel” y *La pandilla del ángel*, tienen la particularidad de narrar las vivencias de estos chicos en primera persona, tomando sus voces como portadoras del relato pero sin que ellos hayan tomado la expresa decisión de hacernos conocedores de los hechos. Los héroes de estas historias cuentan sus pesares y sus satisfacciones sin embargo desconocen que nosotros, los lectores, estamos ahí husmeando en sus secretos. Son los autores los que nos abren esa hendidura a través de la cual podemos colarnos a espiar a nuestro antojo. Cada página se convierte en una nueva oportunidad para recolectar nueva información acerca de los personajes a los que estamos acompañando. Aunque no hay que olvidarse que los autores a veces se encariñan con sus protagonistas y se transforman en sus cómplices. Existe una posibilidad de que, por lo tanto, no nos cuenten todo lo que saben... y que, como ocurre con casi todas las buenas historias que encontramos en los buenos libros, simplemente nos estén dando una enorme cantidad de pistas para que pongamos a trabajar nuestra fantasía y nos involucremos como lectores que lejos de quedarse sentados esperando un torbellino de información participan de los textos proponiendo otras lecturas, diversas interpretaciones y hasta se permiten imaginar nuevas historias para estos personajes.

Bibliografía

Cabal, Beatriz (2007). *La pandilla del ángel*. Buenos Aires: Aique Grupo Editor.

Pescetti, Luis María (2008). “Cartas a Papá Noel” en *Nadie te creería*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, pp. 35 –40.